

2Te 1,1-5.11b-12 • Sl 95 • **Mt 23,13-22**

En aquel tiempo habló Jesús diciendo: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que quieren. ¡Ay de vosotros, letrados y fariseos hipócritas, que viajáis por tierra y mar para ganar un prosélito, y cuando lo conseguís, lo hacéis digno del fuego el doble que vosotros! ¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: “Jurar por el templo no obliga, jurar por el oro del templo sí obliga”! ¡Necios y ciegos! ¿Qué es más, el oro o el templo que consagra el oro? O también: “Jurar por el altar no obliga, jurar por la ofrenda que está en el altar sí obliga”. ¡Ciegos! ¿Qué es más, la ofrenda o el altar que consagra la ofrenda? Quien jura por el altar, jura también por todo lo que está sobre él; quien jura por el templo, jura también por el que habita en él; y quien jura por el cielo, jura por el trono de Dios y también por el que está sentado en él».



Es fácil sentirnos fuera de los destinatarios de reproches tan duros como los que realiza Jesús. Consideramos que son para otros, los formales, los que emiten normas y regulan su cumplimiento. ¿Nada de lo que dice el Señor nos atañe?

Debemos reconocer que no nos gusta que nos impongan normas que no entren en nuestro modo de ver la realidad, al tiempo que tendemos a que nuestro modo de ver y proceder sea la norma.

El Señor nos invita a relativizar nuestras ideas, abrirnos a la verdad del otro, ser flexibles, no dogmatizar jamás.

2Te 2,1-3a.14-17 • Sl 95 • **Mt 23,23-26**

En aquel tiempo, habló Jesús diciendo: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el décimo de la menta, del anís y del comino, y descuidáis lo más grave de la ley: el derecho, la compasión y la sinceridad! Esto es lo que habría que practicar, aunque sin descuidar aquello. ¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y os tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis rebosando de robo y desenfreno! ¡Fariseo ciego!, limpia primero la copa por dentro, y así quedará limpia también por fuera.»



Lo contrario de la hipocresía es la autenticidad, la coherencia y, está claro, que ambos valores implican un largo proceso de maduración personal.

La hipocresía no es sino una de tantas formas que tiene la falsedad, la mentira. Y la mentira no es sino una respuesta en falso en la construcción de la autoestima.

Se trata de ser nosotros mismos, hacer realidad un proyecto de vida desde nuestras posibilidades y límites, desde nuestras realizaciones y frustraciones, desde nuestros éxitos y también desde nuestros fracasos.

La debilidad se acepta, las máscaras no.

2Te 3,6-10.16-18 • Sl 127 • Mt 23,27-32

En aquel tiempo, habló Jesús diciendo: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os parecéis a los sepulcros encalados! Por fuera tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de huesos y podredumbre; lo mismo vosotros: por fuera parecéis justos, pero por dentro estáis repletos de hipocresía y crímenes. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis sepulcros a los profetas y ornamentáis los mausoleos de los justos, diciendo: “Si hubiéramos vivido en tiempo de nuestros padres, no habríamos sido cómplices suyos en el asesinato de los profetas”! Con esto atestiguáis en contra vuestra, que sois hijos de los que asesinaron a los profetas. ¡Colmad también vosotros la medida de vuestros padres!»



Mateo continúa presentándonos la condena sin paliativos que Jesús hace de la hipocresía. La rechazaba desde lo más profundo y lo comprendemos perfectamente. No hay cosa que nos repela más que la falsedad y la doblez de las apariencias. Son actitudes que ofenden nuestra inteligencia y nuestros sentimientos.

Por el contrario la sencillez, la humildad, la transparencia, nos atraen y entusiasman, pero, ¡cuánto nos cuestan!

¿Quién es capaz de soportar la levedad de su verdad? Sólo quien se sabe y reconoce amado incondicionalmente. La hipocresía es el falso escudo del desamor.

1Co 1,1-9 • Sl 144 • Mt 24,42-51

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría abrir un boquete en su casa. Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre. ¿Dónde hay un criado fiel y cuidadoso, a quien el amo encarga de dar a la servidumbre la comida a sus horas? Pues, dichoso ese criado, si el amo, al llegar, lo encuentra portándose así. Os aseguro que le confiará la administración de todos sus bienes. Pero si el criado es un canalla y, pensando que su amo tardará, empieza a pegar a sus compañeros, y a comer y a beber con los borrachos, el día y la hora que menos se lo espera, llegará el amo y lo hará pedazos, mandándolo a donde se manda a los hipócritas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.»



Jesús recomienda no quedarse dormidos, estar atentos y vigilantes. Conservar un espíritu reflexivo y crítico implica una opción no siempre fácil de sostener. Hay momentos en los que parece mejor mirar para otro lado, dejar correr las cosas. Son trampillas que nos hacemos cuando las realidades exigen un discernimiento comprometido. Es como dejarnos "robar", o no utilizar adecuadamente los dones que el Señor nos ha dado, abusando de su confianza, como el mayordomo indigno. El Señor nos invita a estar vigilantes, atentos, superar los sueños e implicarnos en la búsqueda del bien.

1Co 1,17-25 • Sl 70 • **Mc 6,17-29**

En aquel tiempo, Herodes había mandado prender a Juan y lo había metido en la cárcel, encadenado. El motivo era que Herodes se había casado con Herodías, mujer de su hermano Filipo, y Juan le decía que no le era lícito tener la mujer de su hermano. Herodías aborrecía a Juan y quería quitarlo de en medio; no acababa de conseguirlo, porque Herodes respetaba a Juan, sabiendo que era un hombre honrado y santo, y lo defendía. Cuando lo escuchaba, quedaba desconcertado, y lo escuchaba con gusto.

La ocasión llegó cuando Herodes, por su cumpleaños, dio un banquete a sus magnates, a sus oficiales y a la gente principal de Galilea. La hija de Herodías entró y danzó, gustando mucho a Herodes y a los convidados. El rey le dijo a la joven: «Pídemelo que quieras, que te lo doy.» Y le juró: «Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino.» Ella salió a preguntarle a su madre: «¿Qué le pido?» La madre le contestó: «La cabeza de Juan, el Bautista.» Entró ella en seguida, a toda prisa, se acercó al rey y le pidió: «Quiero que ahora mismo me des en una bandeja la cabeza de Juan, el Bautista.» El rey se puso muy triste; pero, por el juramento y los convidados, no quiso desairarla. (...)

 **Herodes admiraba a Juan, sin embargo terminó cediendo al pedido de Herodías y ordenó su muerte.**

Vivir con coherencia aquello en lo que creemos implica tener capacidad para enfrentar situaciones desafiantes en las que debemos jugarnos, arriesgar, decepcionar expectativas de quienes nos quieren diferentes.

Quizá se trate de compartir nuestros puntos de vistas con transparencia en contextos ideológicamente agresivos, no dejar por buena una injusticia o una mentira, identificarnos con serenidad ante quienes hacen una crítica destructiva y exponer una visión alternativa. No es fácil ser coherentes. En ese intento radica la santidad.

1Co 1,26-31 • Sl 32 • Mt 25,14-30

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «Un hombre, al irse de viaje, llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos de plata, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad (...). El que recibió cinco talentos fue en seguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. (...) En cambio, el que recibió uno hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor.

Al cabo de mucho tiempo volvió el señor de aquellos empleados (...). Se acercó el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco. (...) Su señor le dijo: “Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor.” (...)

Finalmente, se acercó el que había recibido un talento y dijo: “Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces, tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo.” El señor le respondió: (...) “Debías haber puesto mi dinero en el banco, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobraré, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene.”» (...)



La parábola de los talentos es una maravillosa lección de respeto a las condiciones personales, a la vez que señala claramente el lugar de la exigencia. Iguales en dignidad, todos somos diferentes. En ese misterio de mismidad, de absoluta diferenciación, se funda la libertad personal. No somos clones, somos personas. Dios nos quiere en esa diversidad y nos exige una respuesta individual. La pedagogía de la exigencia nos ubica ante la responsabilidad de ser nosotros mismos, integrando críticamente los condicionamientos sociales, comunitarios, familiares, e institucionales.

Jr 20,7-9 • Sl 62 • Rm 12,1-2 • **Mt 16,21-27**

En aquel tiempo, empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día. Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: «¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte.» Jesús se volvió y dijo a Pedro: «Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios.» Entonces dijo a sus discípulos: «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí la encontrará. ¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? ¿O qué podrá dar para recobrarla? Porque el Hijo del hombre vendrá entre sus ángeles, con la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno según su conducta.»

Frase:

"El que quiere venirse conmigo que se niegue a sí mismo".

Meditación:

La propuesta es exigente y la opción es personal. ¿Quiero seguir al Señor? En ese caso debo descentrar mis intereses para poner en su lugar el proyecto de Dios en mi vida, en el cosmos, en mis hermanos y hermanas.

Está claro que el proyecto de Dios no es mi autodestrucción, sino mi plenitud. Una plenitud que tiene como paradigma el amor hecho entrega, servicio, fidelidad... y como consecuencia de esta opción "en positivo", la negación de aquello que no me permite dar, servir, ser fiel.

Oración:

Señor, que cuando llegue la hora de la negación, de la renuncia, recuerde que lo hago por ti y por mis hermanos. Sólo así es posible construir tu Reino. Que tu Espíritu me asista.

Acción:

Identifico una o dos dificultades que tengo para vivir en clave de Evangelio. Hago el ejercicio de asumirlas desde la certeza de compartir en ellas la cruz de Jesús.

